

FRANÇOIS RENÉ
DE CHATEAUBRIAND

DE BUONAPARTE
Y DE LOS BORBONES

INTRODUCCIÓN Y NOTAS
DE CESARE GARBOLI

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Di Buonaparte e dei Borboni*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

- © de la introducción y las notas de Cesare Garboli,
2000 by Adelphi Edizioni S.p.A., Milán
© de la traducción, 2011 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Ilustración de la cubierta, fragmento de un cuadro
de Jean-Louis-Ernest Meissonier

ISBN: 978-84-15277-00-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 10729-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

No, nunca podré creer que es sobre la tumba de Francia sobre la que escribo; no puedo convencerme de que después del día de la venganza no llegue el día de la misericordia. El antiguo patrimonio de los reyes cristianísimos es indivisible: no perecerá jamás este reino que Roma moribunda alumbró en medio de sus ruinas, como prueba última de su grandeza. No son únicamente los hombres quienes han gobernado los acontecimientos de los que somos testigos; en todo esto resulta visible la mano de la Providencia: Dios mismo marcha a cara descubierta a la cabeza de sus ejércitos y se sienta en el Consejo de los reyes. ¿Cómo explicar, sin la intervención divina, tanto la prodigiosa ascensión como la caída aún más prodigiosa de aquel que hasta no hace mucho pisoteaba el mundo con sus pies? No han pasado quince meses desde que estaba en Moscú, y los rusos están ahora en París; todo temblaba bajo sus leyes, desde las columnas de Hércules hasta el Cáucaso; y ahora anda fugitivo, errabundo, sin amparo: su poder se ha desbordado como el flujo del mar, y se ha retirado como el reflujó.

¿Cómo explicar los errores de este insensato? Y todavía no hablamos de sus crímenes.

Una revolución, preparada por la corrupción de nuestras costumbres y por los extravíos de nuestro espíritu, estalla entre nosotros. En nombre de las leyes se produce un cambio radical en la moral y en la religión; se renuncia a la esperanza y a los hábitos de nuestros padres; se profanan las tumbas de nuestros mayores, única base sólida de todo gobierno, para fundar sobre una razón incierta una sociedad sin pasado ni futuro. Vagando en nuestra propia locura, perdida toda idea clara de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, hemos pasado por las distintas formas de gobierno republicano. Hemos llamado al populacho a deliberar, en medio de las calles de París, sobre los grandes asuntos que el pueblo romano iba a debatir al Foro, tras haber depuesto las armas y haberse bañado en las aguas del Tíber. Entonces salieron de sus refugios todos esos reyes semidesnudos, sucios y embrutecidos por la indignancia, afeados y disminuidos por sus penalidades, sin otra virtud que la insolencia de la miseria y el orgullo de los harapos. La patria caída en semejantes manos no tardó en estar cubierta de plagas. ¿Qué nos queda de nuestros furores y de nuestras quimeras? ¡Crímenes y cadenas!

Pero al menos la idea que parecía guiarnos en-

tonces era noble. No hay que achacar a la libertad las fechorías cometidas en su nombre; la verdadera filosofía no es la madre de las doctrinas envenenadas que difunden los falsos sabios. A la luz de la experiencia, sentimos finalmente que el gobierno monárquico era el único que podía convenir a nuestra patria.

Lo natural hubiese sido volver a llamar a nuestros príncipes legítimos; pero consideramos nuestros errores demasiado grandes para que nos fueran perdonados. No pensamos que el corazón de un hijo de san Luis es un tesoro inagotable de misericordia. Los unos temían por sus vidas, los otros por sus riquezas. Sobre todo le costaba demasiado al orgullo humano admitir que había errado. Pero ¡cómo! ¿Tantas matanzas, tantos trastornos, tantas desgracias, para volver al punto de partida? Con las pasiones aún a flor de piel, las reivindicaciones de todo tipo no podían renunciar a ese principio quimérico de igualdad, causa principal de nuestros males. Nos movían grandes razones, y otras pequeñas nos retenían: la felicidad pública fue sacrificada al interés personal, y la justicia a la vanidad.

Hubo, pues, que pensar en elegir un jefe supremo que fuera hijo de la Revolución, un jefe con el que la ley, corrompida desde sus mismos orígenes, protegiese la corrupción y se hiciese

cómplice de ella. Magistrados íntegros, firmes y valientes, capitanes famosos tanto por su probidad como por su talento habían surgido en medio de nuestras discordias; pero no se les ofreció en absoluto un poder que sus principios les habrían impedido aceptar. Se desesperó de encontrar entre los franceses una frente que se atreviera a ceñir la corona de Luis XVI. Se presentó un extranjero: fue elegido.

Buonaparte no anunció abiertamente sus planes. Su carácter no se desarrolló sino de forma paulatina. Con el modesto título de cónsul, habituó primero a los espíritus independientes a no asustarse por el poder que le habían concedido. Se ganó a los verdaderos franceses proclamándose el restaurador del orden, de las leyes y de la religión. Los más prudentes cayeron en la trampa, los más clarividentes fueron engañados. Los republicanos veían en Buonaparte una especie de obra suya y al caudillo popular de un Estado libre. Los monárquicos creían que representaba el papel de Monk¹ y se apresuraron a servirlo. Todos tenían sus esperanzas puestas en él. Victorias clamorosas, debidas al valor

¹ A la muerte de Cromwell, el general Monk se hizo con el poder, abandonó la causa republicana y repuso a los Estuardo en el trono.

de los franceses, lo rodearon de gloria. Entonces él se embriagó de sus éxitos, y empezó a revelarse su inclinación al mal. El porvenir se preguntará si este hombre fue más culpable por el mal que ha hecho que por el bien que hubiera podido hacer y que no hizo. Nunca un usurpador tuvo una tarea más fácil y más brillante. Con un poco de moderación habría podido establecer a él y a su descendencia en el primer trono del universo. Nadie se lo disputaba. Las generaciones nacidas después de la Revolución lo ignoraban todo acerca de nuestros antiguos maestros, y no habían visto más que disturbios y desgracias. Francia y Europa estaban cansadas; se suspiraba sólo por el reposo; se lo habría comprado a cualquier precio. Pero Dios no permitió que se diera al mundo un ejemplo tan peligroso, que un aventurero pudiese alterar el orden de la sucesión de los reyes, hacerse el heredero de los héroes y aprovecharse en un solo día de los despojos del genio, de la gloria y del tiempo. A falta de los derechos de nacimiento, un usurpador puede legitimar sus pretensiones al trono solamente con sus virtudes: en este caso, nada tenía Buonaparte por sí mismo, salvo el talento militar, igual, o incluso inferior, al de varios de nuestros generales. Para perderlo, a la Providencia le bastó con abandonarlo y entregarlo a su propia locura.

Un rey de Francia solía decir que, si la buena fe fuese desterrada de entre los hombres, podría encontrársela en el corazón de los reyes: esta cualidad necesaria a un alma de rey le faltó por completo a Buonaparte. La primera víctima conocida de la perfidia del tirano fue un jefe de los monárquicos de Normandía. Monsieur de Frotté² cometió la noble imprudencia de dirigirse a una conferencia a la que lo atrajo la promesa de una palabra dada; fue detenido y fusilado. Poco tiempo después, Toussaint L'Ouverture³ fue raptado igualmente a traición en América, y estrangulado en el castillo donde se lo encerró en Europa.

Pronto un asesinato más clamoroso consternó al mundo civilizado. Éste tuvo la impresión

² El conde Louis de Frotté trató de sublevar a los realistas de Normandía y fue ajusticiado en febrero de 1800 junto con seis de sus oficiales, entre ellos Monsieur de Comarques (Commargues para Chateaubriand). Parece que trataba de negociar con los republicanos y muy probablemente cayó en una trampa.

³ Además de Toussaint-L'Ouverture, nacido en torno a 1743 de un esclavo africano, cabecilla de los insurgentes contra los colonos franceses de Santo Domingo. Chateaubriand lo llama en otro lugar «el Napoleón negro». Capturado a traición en 1802, fue encerrado en el fuerte de Joux, entre las nieves del Jura, y tratado por orden de Napoleón con gran rigor. Murió en 1803.

de ver renacer aquellos tiempos bárbaros de la Edad Media, aquellas escenas que ya sólo se encuentran en las novelas, aquellas calamidades que las guerras civiles italianas y la política de Maquiavelo habían vuelto familiares al otro lado de los Alpes. El extranjero, que no era aún rey, quiso hacer del cuerpo ensangrentado de un francés su escalón para llegar al trono de Francia. ¡Y qué francés, Dios mío! Todo fue violado al cometer este delito: el derecho de gentes, la justicia, la religión, la humanidad. El duque de Enghien⁴ fue arrestado en plena paz en suelo

⁴ Louis-Antoine de Borbón-Condé (1772-1804). Más parecido a un homicidio que a una ejecución, el bárbaro fusilamiento del duque de Enghien, arrestado en la noche del 15 de marzo de 1804, llevado de prisa y corriendo a Vincennes y condenado a muerte tras un juicio farsa, fue el episodio que Chateaubriand no le perdonó jamás a Bonaparte. Desde aquel momento los caminos del autor de *El genio del cristianismo* y del futuro emperador se separaron para siempre. Al día siguiente del homicidio, Chateaubriand puso su cargo de embajador en Vaud en manos de Talleyrand, renunció a la política activa y se dedicó al periodismo y a la literatura. La muerte del duque de Enghien no se limitó a fortalecer el legitimismo de Chateaubriand, sino que, en cierto sentido, lo propició y fue su origen. Chateaubriand volverá incesantemente en toda su obra sobre este episodio clave, considerado junto con la guerra de España como el «germen de la desgracia» del poder bonapartista, hasta las grandes páginas de investigación retrospectiva de las *Memorias de ultratumba*.

extranjero; fue raptado en el castillo de Offembourg. Al dejar Francia, era demasiado joven aún para conocerla bien: desde dentro de una silla de postas, entre dos gendarmes, vio, como por primera vez, la tierra de su patria, y atravesó para morir los campos que sus antepasados hicieron ilustres. Llega en plena noche al torreón de Vincennes. Al resplandor de las antorchas, bajo las bóvedas de una prisión, el nieto del gran Condé es declarado culpable de haber hecho acto de presencia en algunos campos de batalla: presupuesto este crimen hereditario, se lo condena de inmediato. Él pide en vano hablar con Buonaparte (¡oh ingenuidad tan conmovedora como heroica!), pues el valeroso joven era uno de los más grandes admiradores de su asesino: no podía creer que un capitán quisiese asesinar a un soldado. Extenuado aún por el hambre y el cansancio, se lo hace bajar a los subterráneos del castillo; allí encuentra una fosa recién abierta; se lo despoja de sus ropas, se cuelga de su pecho un farol para verlo en las tinieblas y para dirigir mejor la bala al corazón. Él quiere dar su reloj a sus verdugos, y les ruega que transmitan a sus amigos sus últimos recuerdos: se le injuria con palabras groseras. Se ordena hacer fuego; el duque de Enghien cae: sin testigos, sin consuelo, en el corazón de su patria, a pocas leguas de Chantilly,

a pocos pasos de esos viejos árboles bajo los cuales el santo rey Luis impartía justicia a sus súbditos, en la prisión en la que fuera encerrado Monsieur le Prince. El joven, el hermoso, el valiente, el último descendiente del vencedor de Rocroy muere como muriera el gran Condé, y como no morirá su asesino. Su cuerpo es enterrado furtivamente, y Bossuet no renacerá para hablar de sus cenizas.

A quien se ha rebajado con un delito por debajo del género humano no le queda sino aparentar que se sitúa por encima de la humanidad en virtud de sus designios, aduciendo como motivo de una vil acción razones inaccesibles al vulgo y haciendo pasar por profundidad de genio un abismo de iniquidad. Buonaparte recurrió a esa miserable firmeza que no engaña a nadie y que no vale un simple remordimiento: al no poder esconder el delito, lo hizo público.

Cuando se oyó vocear por París la noticia de la sentencia de muerte, se produjo un estremecimiento de horror⁵ que nadie disimuló. La gen-

⁵ En su *Cahier rouge*, Madame de Chateaubriand ofrece otra versión, mucho más articulada, comentando con cierto distanciamiento burlón la reacción de la aristocracia francesa ante el asesinato del joven duque: «Antes de la muerte del duque de Enghien, la buena sociedad de París estaba casi toda ella en guerra abierta con Buonaparte,

te se preguntó en virtud de qué derecho un corso acababa de derramar la más bella y también la más pura sangre de Francia. ¿Acaso creía poder reemplazar a la familia francesa que acababa de extinguir por su familia medio africana? Sobre todo se estremecieron los militares. Les parecía que el nombre de Condé les pertenecía personalmente, y que representaba el honor del ejército francés. Nuestros granaderos habían encontrado varias veces a las tres generaciones⁶ de héroes en la refriega: el príncipe de Condé, el duque de Borbón y el duque de Enghien; habían herido incluso al duque de Borbón; pero la espada de un francés no podía agotar esa noble sangre, debía ser un extranjero quien secase su fuente.

pero, tan pronto como el héroe se convirtió en asesino, los realistas se precipitaron a sus antecámaras, y algunos meses después del 21 de marzo se hubiera podido creer que no había más que una opinión en Francia, a no ser por algunas pullas que aún se permitían a puerta cerrada en algunos salones del faubourg Saint-Germain».

⁶ Louis-Josef de Borbón, príncipe de Condé (1736-1818), organizó el ejército de emigrados en el que se enrolaron en 1792 Chateaubriand y su hermano Jean-Baptiste. Su hijo, Louis-Henri-Joseph, duque de Borbón, nacido en 1756, fue el padre del duque de Enghien. Así concluyen las tres generaciones. También el padre del duque de Enghien tuvo un final trágico. Fue encontrado misteriosamente colgado en 1830, el año de la subida al trono de Luis Felipe de Orleans, en Saint-Leu-Taverny.